

Entre la gente española venida a Indias, muy, muy entrado el siglo XVII —navegación en redondo... Sevilla... San Lúcar... Virgen de Regla... Islas de Barlovento...— llegaron uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete asturianos, siete según el habla popular y tres al decir de los cronistas que a la letra añaden: homes de Oviedo con entendimiento en la tiniebla de los metales, trazaron, no con tinta, sino con bronce líquido y sonoro, en catedrales, conventos, ermitas y beaterios, la historia de las campanas de una ciudad siempre nueva, dado que sus fundadores, hidalgos y capitanes, perseguidos por los terremotos, se la iban llevando en procesión de casas, una casa tras otra de valle en valle, en procesión de iglesias, una iglesia tras otra de valle en valle, en procesión de palacios, un palacio tras otro de valle en valle, que tal parecía aquel ir dejando viviendas, templos y mansiones señoriales, destruidas en un valle y levantadas en otro.

Legajos pagajosos y salobres, mordidos por sellos y contrasellos, desenrollaron ante las autoridades eclesiásticas y civiles los fundidores asturianos, folios con magullamientos de viaje que daban testimonio de su arte y maestría en la fundición de campanas, sin contar las cartas de presentación de canónigos corales y alcaldes ovitenses ni aquel pergamino de hueso de agua que traía aún fresca, ahogada en arenilla, la firma de don Sancho Alvarez de las Austrias, Conde de Nava y Noroña, al pie de recomendaciones en que hacía constar de su puño y letra «yo mismo los escogí entre los mejores y antes de partir les abrí mis brazos y mis cajas fuertes».

Aquella mañana de junio —un junio de bandejas de frutas— hubo prisas, olvidos, idas y venidas, murmullos, manejos, en el convento de las clarisas, como si el bis-bis de la llovizna que caía fuera, prolongara su rumor en las galerías abovedadas del convento. Acartonadas en sus tocas, cuellos, petos y puños de lino almidonado, monjas y novicias hablaban, todas a una, de las joyas que les traerían sus familias para enriquecer el crisol de la campana encargada a los fundidores llegados de Oviedo, sonora y preciosa, digna del templo de Santa Clara de las Clarisas Celestes, que no acababa de salir de las manos de los alarifes.

La piedra, como vivo canto, porosa, sin secarse, recortada con tijeras de gracia en los cornisamentos y capiteles; fragante la madera de los artesonados del techo, buque celestial que navegaba en la luz de las altísimas ventanas; desafiante la cúpula; cabalístico el frente plateresco, sensual y fugitivo, y de prodigio la osadía arquitectónica de los cuatro arcos sostenidos en una sola columna.

Santa Clara de las Clarisas Celestes no acababa de salir de las manos de los alarifes y qué contraste, aquella mañana de junio, entre estos menudos indianos vestidos de aire, tan poco lienzo llevaban sobre sus carnes morenas, más hechos para volar en andamios que para andar en la tierra, y los asturianos, gigantes de caras enrojecidas y manos como martillos, atareados noche y día en la fundición de la campana de las clarisas.

La última campana. La de estas cordeleras sería la última campana que fundirían antes de volverse a Oviedo o quizá a Nueva España. Y se comentaba. En noches de tertulias llorosas de estrellas y velones, se comentaba que aceptaron el encargo a regañadientes y por insistencia de las monjas que les prometían llamarla Clara, si su timbre era de oro, Clarisa, si sonaba a bambas de plata, y Clarona, si hablaba con voz de bronce.

Grupos antagónicos recorrían la ciudad casa por casa en demanda de oro, plata y otros metales. Gente de alcornia, nobles y ricos homes, los barrios linajudos en procura de objetos de oro, joyas, monedas, medallas o polvo de oro de ése que vendían los indios en cañutos de pluma de ave y ellos guardaban en bolsitas y bolsones, así la campana tendría acento áureo y se llamaría Clara. Más numerosos y más activos, los segundones iban y venían por calles y plazas con música y pantomima, pidiendo que les regalaran todo lo que fuera plata para su Clarisa, mientras cuarterones y marranos se conformaban con lo que les hicieran el favor en siendo metal, que para ellos, la campana debía sonar a bronce, sonar a yunque y llamarse Clarona.

El parloteo de las clarisas no cesaba aquella mañana de junio. Cuchicheos, manejos, olvidos, melindres, idas y venidas. Una novicia echaría al crisol de la campana los anillos de boda de sus abuelos muertos. ¡Anillos de boda! ¡Sortijas de amor! ¡Cintillos con más de dos granos de onza!, repetían, presurosas, confundidas, sin prestar oídos en ese momento a la descripción que hacía una profesa del brazalete de oro blanco que le tenía prometido su familia. Decorado con arabescos en filigrana de oro amarillo, perteneció, en la Roma de los Césares, a una bacante loca. ¿A una bacante loca?, interesábanse todas y la más hermosa, sin alcanzar respiración, entornados los ojos, temblorosas las pestañas, levantaba la mano para santiguarse imaginando tocarse en la frente una diadema de diosa desnuda, en el pecho, entre sus pechos, un disco de oro blanco con un escarabajo egipcio de alas de lapizlázuli y en los hombros lluvias de zarcillos de ajorcas musulmanas.

¡Joyas de familia! ¡Oro enamorado!, exclamaba la más apasionada de las cordeleras, pronta a explicar, tras brevísimo silencio, el inmenso sacrificio que significaba desprenderse de ellas. Por encima del costo y el valor artístico, algunas de esas joyas eran obras maestras de antigua orfebrería, estaba su significado afectivo, su valor sentimental. Los objetos que amamos no tienen precio y por eso resulta aún más grato al Señor enriquecer el crisol de la campana —¡costara lo que costara se llamaría Clara! — con las joyas amadas, ¡Joyas de familia! ¡Joyas de amor! ¡Oro enamorado!

¡Relicarios medievales, cinturas de matrimonio, cruces de filigranas trenzadas, broches florales, amuletos, macuquinas, empuñaduras de espadas, sartaes, rosarios, cascarones de relojes, sin la máquina, sólo el cascarón áureo!

La única que no hablaba era una monja conversa. La llamaban Sor Clarinera de Indias por su piel de tueste azulenco, su cabello, nocturna seda de hilos dormidos, y sus pupilas amarillas, color de oro. A falta de familia rica que le trajera joyas, debía conformarse con lo que las otras monjas ponían en sus manos para que ella, pobrecita, también enriqueciera el crisol, no se quedara sin echar algo, que un dije, que una cadenita, que un alfiler, salvo que... sugería frotándose los ojos, gesto que secundaban otras monjas, una heroísta portuguesa a la que llamaban Ju-noche, por no decirle Ju-día, salvo que... y no pronunciaba el resto con los labios, sino entre los dientes de hueso, salvo que... sor Clarinera de indias hiciera el obsequio de sacarse las pupilas y las arrojara al ígneo y venturoso infiernillo que alimentan con metales de toda laya los gigantes asturianos.

La de Indias encendía las antorchas vivas de sus pupilas, joyeles que podían competir ventajosamente con todo lo que las familias llevaban a las monjas, sin darse por aludida, sin decir palabra rechazando la tentación de entregar a la basca las pepitas áureas que guardaban sus párpados, y eso que las celestes cordeleras la seguían unas, la rodeaban otras, la buscaban todas, restregándose los ojos. Pero si despierta se defendía de la espantosa insinuación de la Junoche, heroísta que hablaba y hablaba y hablaba de héroes y heroicidades, si despierta salvaba sus ojos, dormida... quién gobierna a los que duermen, quién detiene a los que sueñan... la libertad del pez, del ave, de los fantasmas que atraviesan paredes como ella que, el cuerpo en la cama y el ánima en el aire, cruzaba muros de metro y medio de espesor y dejaba caer en el crisol, sin que pudieran evitarlo los Cristobalones que fundían la campana, no sólo sus pupilas, burbujas doradas a temperatura de lava, sino sus córneas, blanco azulado plomo que transmutábase en oro místico. Qué horrible pesadilla, cambiar sus ojos por luceros de lágrimas. Y seguir mirando, a través de cortinas de agua, el dolor de las monjas por su sacrificio, y el sucederse de oradores sagrados en el púlpito de las clarisas, tocados con roquetes celestes, celebrando el triunfo de la Iglesia, en el martirio de una nueva santa, las campanas echadas a vuelo, y entre las campanas, la que tenía sus ojos. ¡Santa Clara de Indias, saludábanla en el cielo, la que ve con los sonidos, ruega por nos! Cendales, serafines, rosicler y azucena... ¡Santa Clarinera, virgen y mártir, saludábanla en la tierra, ruega por nos! Pero, ¿sacarse los ojos, perforarse la lengua no eran sacrificios de su antigua raza? La sangre corría por sus mejillas más pesada que el llanto, más abundante que el llanto, más incontenible que el llanto y celajerías de sacerdotes del culto solar cubrían la parte del firmamento que se había rasgado para que ella contemplara las dominaciones, los tronos, los coros de los ángeles. Los asturianos convertidos en Cristobalones cruzaban de un lado a otro el río de la muerte. Extraño, iban como colgados. En el aire iban. Moviendo los pies en el vacío iban. Cielo sin sentido. Altas nubes. Más y más altas. ¡El arbitrario, el usurero, el cojo, se le asomaba en sueños a gritarle la Junoche, el que niega la luz de cualquier

modo, el que gastó el vientre de su madre, inútilmente vientre, inútilmente madre, te llamará demente al servicio del Angel Alirrojo, por haber hecho entrega de las preciosas pepitas de tus ojos, pero qué importan iniquidad y sinrazón, si por tu sacrificio, nuestra campana ya no se llamará sólo Clara, sino Clara de Indias, porque fue más el oro de tus ojos que todo el oro que nos trajeron los peregrinos llegados de Castilla del Oro. En el filo de tu nariz (seguía soñando, soñaba que por la ternilla le pasaba los dedos la Junoche), se unen tu raza tibia, trigueña, con todos sus sacrificios, y tu raza española, brava y también ensangrentada. Cada lado de tu nariz es una vertiente. ¡Sangre de las dos razas, ceguera de las dos razas, llanto de las dos razas!

Le parecía extraño estar despierta, vestida de aire, respirando, vestida de espejo mirando con todo su cuerpo de agua a la que había amanecido tendida junto a ella, ella fuera del sueño, no la que se durmió anoche, otra... Se sentía extraña en la primera luz que se colaba por las rendijas de la puerta y el ventanuco de su celda. No tenía explicación haber sufrido tanto al entregar sus ojos y amanecer con ellos... la cabeza hueca, el cuerpo molido y los oídos con el silencio de los estanques que se van quedando sin agua... lluvias de miniatura... llantos de miniatura comparados con los ríos de lágrimas que lloró anoche dormida.

Maitines. Las clarisas celestes al darle o devolverle los buenos días, se frotaban los ojos, bulliciosas, alegres, lisonjeras. ¿Sabrían lo de su sueño o serían obreras de burlas al servicio de la Junoche, heroísta a la que el reumatismo deformante iba sacando médanos de huesos y nuégados de carne?

Lloró de júbilo en la sobrehora después de vísperas. Durante el Magníficat, tocó su frente un ángel de espejos giratorios y fue la revelación. Perlaba sus sienes sudor de vidrio molido. Entregar sus ojos sólo en préstamo. La campana se llamaría Clara de Indias y como ella sería conversa. Qué vehemencia, qué arrebató, qué no saber dónde posar sus pupilas que se despedían de todos y de todo, ora en los paraísos dorados de los altares, ora en el iris que regaba colores en el lomo de los cortasilencios de polvo de caleidoscopios que entraban por los ventanales, ora en los arquitrabes, ora en los encajes, linos, terciopelos, damascos, tafetanes amontonados en los escaños, para ser llevados a la sacristía, ora... se le nublaron las cosas y lo que era gozo colgaba de sus lágrimas, dedos de tirabuzones de congoja, y no fue lejos, allí mismo dejóse caer de rodillas en un confesonario para gritar al oído del confesor su satánico orgullo.

Pero el sacerdote se negaba a absolverla. ¿Sacarse los ojos? ¿Rivalizar con religiosas de más alcurnia ofreciendo en préstamo los pepitones áureos de sus pupilas, oro lavado en llanto, para enriquecer la amalgama de la campana que no se llamaría Clara, sino Clara de Indias?

No la absolvía. No levantaba la mano. No pronunciaba las palabras sacramentales.

Esperó y esperó, anonadada por la inmensidad de su culpa a juzgar por el silencio del

confesor, sin fuerzas para levantarse, para despegar del suelo las rodillas hundidas en el frío de la tierra toda, antes que le diera la absolución.

La cabeza colgaba sobre el pecho, abatida, llorosa, con movimientos de autómatas, dejó la rejilla del confesonario para asomarse a la puerta y suplicar al confesor, aun a costa de la más terrible penitencia, que la absolviera. Si la penitencia era sacarse los ojos, se los sacaría. No lo dijo, no tuvo tiempo y se desploma si no se detiene de los encajes de madera de las ventanillas que ocultaban bajo un bonete de tres picos, una cara apergaminada, sin ojos, sólo los agujeros, sin nariz, los dientes con risa de calavera. Todas hablaban en el convento de la momia que salía a confesar y ella aquella noche la había visto...

Y oído:

¡No resucitarán los muertos, resucitará la vida! Sacrificaste tus ojos en el sueño (no estaba enteramente dormida, Padre...), y los recobraste al despertar. Ahora que estás despierta (no estoy enteramente despierta, Padre...), repite la hazaña, da tus ojos en préstamo y los recobrarás el día de la resurrección. Al acabar el mundo brillarán antiguos soles apagados por siglos y tú despertarás con tus ojos, como despertaste esta mañana. Pero anda, corre, entrégalos antes que termine la fundición de la campana, si dudas será tarde y no se llamará Clara de Indias, por haber negado tú, tú... el oro de tus ojos que sólo se te pedía en préstamo, sólo en préstamo, porque al derretirse la campana con el calor que hará el Día del Juicio, tus pupilas escapan en busca de los cuencos vacíos de tu cara juvenil, todos resucitaremos jóvenes, y qué felicidad entonces contemplar con ojos que supieron de gloria, repique de fiesta, que supieron de alarma, de angustia, de amor, de duelo, qué felicidad contemplar la realidad sagrada de los tiempos. Resucitarás con tus ojos fuera de la realidad del hombre, en la realidad de Dios...

Dejó atrás, perseguida por la momia, filas de monjas que se frotaban los párpados, instigadas por la Junoche, recordándole que la campana debía llamarse Clara y que faltaba el oro de sus ojos... Sus ojos... Sus ojos... Que nadie viera, que nadie supiera...

Sacárselos al borde del crisol... Arderían como dos bengalas en el dormido, calcinante y agujoso caldo... Sin pies, si ella... Ella sin ella... Trompetas... Angeles... La palma del sacrificio... Oír sin pensamiento los gritos de regocijo, el alboroto, la algazara de los que celebraban con toritos de pólvora, serpientes de luces y gigantes de fuego, el final de la fundición de la campana... Al tanteo empezó a sacar el clavo que mantenía fijos al madero los dos dolidos pies del Cristo de la sacristía. El tumulto de los que movían a las puertas del convento se acercaba. Venían por sus ojos, llegaban por sus ojos, avanzaban sin llegar por pasillos inacabables... pasos... voces... manos, sus manos que seguían escogiendo, entre custodias y vasos sagrados, incensarios y reliquias de oro macizo, píxides, benditeras, hisopos, hostearios, pasamanerías, jocalias, algo que pudiera salvarla de su sacrificio, pero todo era oro inválido de iglesia junto al oro de

sus ojos lavado en la desembocadura de cien ríos de lágrimas. Sacó un pañuelo para secarse la cara vuelta hacia la ventana entreabierto sobre un patio encendido de fuegos de artificio, antorchas friolentas, humo de colores y buscapiés enloquecidos. Más de uno se coló en la sacristía y fue, vino, volvió, en zig-zag de relámpago de pólvora. Los que exigían la entrega de sus ojos seguían avanzando. Pasos. Voces. Manos, sus manos multiplicadas en el afán de arrojar por tierra cálices, cruces, copones, ostensorios, patenas, vinajeras, aguamaniles de oro, ínfulas de mitras, flabelas orificadas, cíngulos de borlas luminosas... qué podía valer todo eso junto a sus ojos... por el suelo todo, sobre las alfombras, sobre los muebles, sobre las saliveras... ornamentos, misales, alas de ángeles, coronas de mártires, candelabros, mundos, cetros, agnus, griaes, portapaces, todo quemado por los canchinflines y deshecho por sus pies en danza luciferina, ya heridas sus pupilas por el cortafrío de todas las tinieblas, el clavo que mantenía sujetos al madero los dos dolidos pies del Señor que ella volvió a clavar con un beso de ciega...

El mundo testimonio de las cosas corroboraba las presunciones humanas de lo que fue, además del crimen, la más abominable de las orgías, una saturnal en campo sagrado, todo lo que yacía por tierra y sobre las alfombras con chamuscones de pólvora, lo probaba.

El Comisario del Santo Oficio ordenó encarcelar preventivamente a los salitreros y fabricantes de cohetes, toritos y fuegos artificiales. La Superiora de las clarisas apenas se tenía en pie. El llanto rodaba por sus mejillas lívidas como agua sobre mármol. Entre lágrimas alcanzó a ver los ojos limpios y helados del Padre Provincial. Apoyado en su bastón, a él también por momentos le flaqueaban las piernas, consultaba a la madre con los ojos la conveniencia de que ellos dos hicieran reservas ante el delegado inquisitorial, por la captura de buenos cristianos sospechados de satanismo por ser entendidos en las artes de la pólvora.

Pero aquél se adelantó. Que no sólo eso pensaba hacer con ellos, excomulgaría a más de uno, a más de uno quemaría vivo y muchos, si no todos, vestirían el sambenito, que no se manejan estruendos y bengalas, sin connivencias, sin vinculaciones con el Cohetero Impar.

¿Y los asturianos fundidores de campanas?, se preguntaron con la mirada al mismo tiempo, la Superiora y el Provincial. ¿Por qué no captura a esos manipuladores de metales a temperaturas de lava volcánica, algo más diabólico e infernal que las inocentes pólvoras de los juegos de artificio, con el agravante de su presencia dentro del convento, mientras fundían la campana, y su amistad, casi familiar, con las más jóvenes cordeleras? ¿Qué espera el Santo Tribunal para encarcelarlos?

Esperaba que regresaran, debidamente diligenciados, ciertos pliegos que se enviaron a ultramar, recabando algunos informes más para desenmascararlos. No eran asturianos ni fundidores de campanas. Eran piratas. ¿Y las cartas de presentación y las

recomendaciones?

Alguien habló del Conde de Nava y Noroña, don Sancho Alvarez de las Asturias, el cual los escogió y contrató en Oviedo, y también le fue recado.

Deus Zibac, como mal llamaban al inquisidor, aunque el apodo le iba mejor que el nombre, se llamaba Idomeneo Chindulza, era una mezcla de español y de indio que ni él mismo se la aguantaba. Los dos malos olores. Las dos envidias. Y como por real cédula se dispuso que ser indio no era una mancha para obtener limpieza de sangre, el Inquisidor la obtuvo, y se limpió todo, menos el rostro picado de viruelas.

«Deus» por lo español y «Zibac» por lo indio, Deus Zibac quería decir «Dios hecho de zibaque».

Su lengua de sogas de ahorcar le llegaba hasta las orejas carbonosas, cuando se relamía pensando en los cogotes de toro de los para él falsos asturianos. Corsarios, se repetía Chindulza, que sorprendieron en alta mar a los verdaderos fundidores ovitenses y se ampararon de sus identidades. A fuerza de cavilar se le hizo evidente y no creyó necesario, dados los antecedentes que recogían a diario del espantoso crimen de la sacristía, esperar la vuelta de los exhortos mandados a ultramar. Terminada la fundición de la campana, Deus Zibac procedió a la captura de aquellos gigantones. ¿Eran o no eran piratas? En la duda, ahorca, Zibac, en la duda ahorca. El más viejo tenía una sirena tatuada en un brazo. Esto lo denunciaba. Pirata y hereje. ¡Herejes! ¡Herejes! La voz corría, exigía, exigía justicia. ¡Justicia! ¡Justicia! Los demonios asturianos. La campana de las clarisas fundida por piratas. Que no se toque nunca. Que se destruya. Que se lance desde el campanario al vacío para que se haga pedazos. ¡Hija de herejes! ¡Obra de piratería! ¡Justicia! ¡Justicia!...

Deus Zibac puso manos a las sogas, sogas a los pescuezos de los gigantes y siete días y siete noches estuvieron los cuerpos de aquellos cristobalones colgados en la explanada del Calvario y siete días y siete noches las campanas de las iglesias tocaron a muerto, no por los ahorcados, por la campana difunta.

Ventanas, puertas, bocacalles, cercas, arcos, atrios, puentes dejaban atrás los jinetes, al entrar a la ciudad, seguidos de mulas de gran alzada en que traían la carga y el correo llegados al Golfo Dulce en naos de ultramar.

Diligenciados los requerimientos, reconocidas las firmas de canónigos y alcaldes ovitenses, abundantes los testimonios de los que bajo juramento respaldaban la conducta intachable de los fundidores, Deus Zibac no pudo levantar la manos que apoyó, abiertas en abanico, sobre la mesa de audiencias, al inclinarse a leer los documentos, y como si le clavaran los dedos con fuego, llovieron goterones de las palmatorias cuyo resplandor de incendio llegaba a sus ojos como la luz muerta de una batalla perdida. Las letras, las palabras, las frases, bailaban frente a él que no parecía

leerlas, sino tragárselas, traga-atragantarse con ellas. Se le doblaron los brazos, las manos en guantes de cera, de gotas de cera blanca, y cayó de pecho sobre la mesa, sobre los pergaminos, sobre los documentos que denunciaban su oprobio... De bruces, los ojos vidriados y una baba de reptil sobre los pliegos, ya no oyó el romance callejero...

Los jinnetones preguntan

por la campana difunta...

¡La enterraron!, les responden.

Por donde vinieron vuelven.

Los jinnetones preguntan

¿dónde están los fundidores?

¡Ahorcados!, les contestan.

Por donde vinieron vuelven...

¡Campana de las clarisas,

la que se quedó sin lengua,

no le pusieron badajo los piratas ahorcados

que no eran piratas, no,

sino muy buenos cristianos!

Y pisando los talones a esas cabalgaduras, otras. Las de los carros y jinetes de servicio y lanza que acompañaban al Magnífico Señor Don Sancho Alvarez de las Asturias. Nada le detuvo en Oviedo. Acudir a sus recomendados. Llegar a tiempo. ¿Quién osó poner en duda credenciales escritas de su puño y letra? Viaje azaroso el suyo. Corrió más de una borrasca, hubo racionamientos de agua, ancoradas en islas, cambios de rumbo, avistamiento de corsarios en menor peligro para ellos que no llevaban oro, aunque muchas veces aquellos robadores del mar asaltan los bajeles por esclavos o bizcocho.

Ciudad episcopal. Plantajes y jardines. Huertos de frutas y hortalizas de regadillo. Don Sancho amadrigó lágrimas bajo los párpados cerrados. Llorar. No le quedaba otra cosa a la vista de la explanada del Calvario, trágico anfiteatro en el que se ahorcó a los

fundidores de la campana de las clarisas.

¿Dónde estaba esa campana?

Si Deus Zibac, el inquisidor, el terrible Idomeneo Chindulza, no muere de apoplejía la noche en que llegaron a su poder los pliegos de ultramar ratificando la condición de cristianos sin tacha de los ahorcados, don Sancho Alvarez de las Asturias habría tenido que pedir que se desenterrara, pues aquél había exigido que se cumpliera su orden de enterrarla bajo muchos codos de tierra con el nombre de la campana difunta.

La Real Audiencia discutía, mientras tanto, si para recibir y desagraviar a tan Magnífico Señor llegado de Oviedo y exculpar y volver al seno de la iglesia a los asturianos, debía revivirse la campana de las clarisas. ¿Revivirse...? Se alzaron voces airadas en la sala de acuerdos. ¿Revivir una campana? Revivir o habilitar. ¡No, no, la palabra había sido dicha, revivir, y debía retirarse antes de seguir la discusión, pues era una blasfemia imperdonable ¡Sólo Jesucristo Señor Nuestro, revivió, volvió de entre los muertos! Y estuvo a punto de naufragar en agua de saliva la propuesta de poner lengua a la campana difunta y echarla a vuelo el día que fuera recibido por la ciudad, el buen don Sancho, si uno de los fiscales no interviene y hace ver que las campanas mueren y reviven litúrgicamente durante la Semana Santa. Mueren, es decir, enmudecen el Miércoles Santo, después de los oficios, y reviven el Sábado de Gloria.

La gente. Las calles. El bando real. La noticia. Se tocará por fin la campana de las cordeleras. No se abrió mucho el compás, pero sí lo bastante para hacer amplia y honda su cavidad bucal, una argolla por galillo que esperaba la lengua del badajo, interior escamoso en contraste con el pulimento exterior, revestido de signos zodiacales, festones con sus borlas, serafines y en lugar principal, una mitra que repetía la enorme mitra tallada en madera del altar mayor. Sólo quedaba el misterio del sonido, para bautizarla Clara, Clarisa o Clarona, según tuviera retintín de oro, retantán de plata o retuntún de bronce.

El día del desagravio, don Sancho, acompañado por el Capitán General y el primer Obispo arzobispado, llegó a la plataforma por una escalera recubierta de suntuosos lienzos, donde dominando la majestad de la plaza, se alzaba la campana, entre festones de flores coloridas, frutas perfumadas, hojas de dura estirpe en coronas de encina y laurel, oriflamas, lienzos con escudos, alegorías, armas, emblemas y espejillos que multiplicaban los rayos oblicuos del sol que se hundía entre los volcanes cuellilargos, decoración luminosa que hacía más visible un lienzo de catafalco sembrado de estrellas y bordado con los instrumentos de tortura de la Pasión —clavos, martillos, escaleras, lanzas, látigos—, lienzo de tinieblas tendido bajo la campana en memoria de los que como frutos de muerte colgó de árboles estériles, en la explanada del Calvario, el inquisidor Deus Zibac.

Don Sancho recibió de manos del Alcalde Mayor y por encargo del Cabildo, la cuerda que pendía del badajo —se adornó con piedras preciosas para que el Magnífico Señor de Oviedo olvidara la soga de los ahorcados—, y le pidió hiciera merced de dar los primeros golpes.

Fue el alboroto. Nadie se quedó en su sitio. Masa de pueblo hasta donde la vista llegaba, convertida en mar bravío. Indios que escupían por los ojos flechas de odio silencioso, mulatos, negros, mestizos, españoles de primera agua con memoria de conquistadores, otros después llegados, todos atónitos, esclavos y vasallos, sin dar crédito al sobrehilo de palabras que acompañaba el sonar de la campana...

... absuélvame! absuélvame! —se oía la voz de la monja conversa, llegaba de ultratumba y apenas formaba las palabras—... absuélvame, Padre, absuélvame, yo me saqué los ojos!... Clara de Indias... se llamará Clara de Indias por mis ojos de oro... yo di mis ojos de oro para que se llamara Clara de Indias...!... liberé los pies del Señor y me clavé el garfio en lo más profundo de las pupilas que cayeron al crisol... mezcla de Cristo y Sol... del Sol de mi raza tenue, sacrificada y sacrificadora y de Cristo lo español, bravo y también ensangrentado...

Don Sancho, sin dar crédito a lo que oía golpeaba más y más duro, hasta que la campana, extinguida la voz de la monja, se fue enronqueciendo y dejó de sonar. Volvía a ser la campana difunta, Clara de Indias, la campana de los piratas.